



LA OPINION DEL ARQUITECTO

FRANCISCO JAVIER SAENZ DE OIZA

MARISA PEREZ BODEGAS

"TELVA" N.º 172-15/11/70

Se le conoce como autor del edificio Torres Blancas. Trabajó en la Sección Provincial de Urbanismo de Madrid y presentó la dimisión por incompatibilidad de criterios. Ha viajado mucho por las ciudades más hermosas del mundo y sostiene, con Alexander, una hermosa teoría sobre el hombre y sus cosas: «Su tragedia está en que sólo es capaz de formular propuestas sociales elementales; pero luego, a su vez, personalmente, es tan complejo, que las acepta de muy mal grado...»

Ahora tiene cincuenta años y es catedrático en la Escuela de Arquitectura de Madrid. La impresión que produce al conocerle es de suprema vitalidad. Una hora después, a la vitalidad se suman nuevos rasgos: rigor mental, profundos conocimientos, inquietud. Vive sin lujo alguno en el lujoso edificio Torres Blancas. Navarro de pro, le asusta la idea de verse blandamente interpretado: «Intente no dar de mí una visión conformista.» Y no es conformista, no, porque lleva el análisis de todo, en general, hasta sus últimas consecuencias. Y no sirve de mucho tratar de interpretarle. Vale más escuchar lo que tiene que decir, porque es, de verdad, un hombre inteligente.

—Señor Sáenz de Oiza, ¿cómo hay que plantearse la elección de vivienda?

—Como un instrumento necesario para la operación existencial de «habitar», en el más amplio sentido del verbo: habitar, ocupar la tierra, dar una razón a nuestra existencia. Instrumento delicadísimo, pues, el de la vivienda y de cuya elección —sabía o errónea— va a depender en gran parte nuestro humano destino. Elegir vivienda es elegir una comunidad de vida, un entorno de convivencia, un «paisaje», una estructura de relaciones, casi una respuesta social al medio. Muchas veces lo olvidamos y sólo vamos en busca de un alojamiento. Con prisas no se va en la vida a ninguna parte.

—¿Cuáles le parecen, por ejemplo, los criterios de elección más válidos para una familia de ingresos medios que vive en Madrid?

—Los buenos criterios: El de considerar la casa como entorno de convivencia, como el recinto íntimo de nuestra «auto-realización». Hay quien va a buscar casa con urgencias, porque le hace falta un techo para guarecerse. Otro lo mira, en cambio, como un «negocio». El primero no ha pensado existencialmente en su propia realidad de vida y en la importancia que la casa, como creadora de medio, tiene para su propio futuro. Tal vez no ha tenido tiempo, o lo que es peor, ni tiempo, ni ocasión, ni medios, ni mentalidad. El segundo, más grave, está especulando con su propio destino. Este último, tal vez, conocía el poder mágico de la casa, pero lo utilizó mal. Repito que son válidos los buenos criterios. Los que usted y yo exigiríamos para elegir marido o mujer.

«SE PUEDE VIVIR EN LOS RASCACIELOS HERMOSA Y HUMANAMENTE»

—¿Y qué solución le parece mejor para la sociedad moderna? ¿El rascacielos o la vivienda unipersonal, tipo inglés? Al hombre de hoy —que tiene cierta psicosis angustiosa—, el rascacielos le parece una amenaza.

—La pregunta en sí casi es una falacia. Qué solución agrícola le parece más deseable, ¿el campo de cereal horizontal o el bosque de madera? ¿Ve usted qué falacia? Se puede vivir hermosa y humanamente en rascacielos, como llamamos despectivamente a la habitación en el espacio, o pisando la tierra en ciudades-jardín. En el primer caso, el espacio circundante, liberado de la presión de la construcción, podría ser naturaleza verde. En el segundo, por principio —y con sus limitaciones— lo es. Lo grave es que la ciudad, en la Historia —griega, romana, medieval, renacentista o moderna—, ha tenido poco que ver con el árbol. Mucho menos que hoy, porque hoy, metidos en un paisaje caótico, reclamamos su presencia para poder respirar y no morir de asfixia. ¡Observe hasta dónde ha podido llegar la perversión de valores y el abuso! Hablábamos de la casa, y lo mismo de la ciudad, como creadoras de medio, y ahora resulta que, especulando, especulando, hemos hecho de ellas algo ¡irrespirable! ¿Se da cuenta de la perversión? El hombre del bosque ve en el hacha un instrumento vital para su subsis-

“HAY QUE ESCOGER LA CASA CON EL MISMO CUIDADO CON QUE SE ELIGE MARIDO O MUJER”

tencia. El perverso la considera como instrumento de agresión y violencia. Nuestros rascacielos son agresivos, sí. Han sido usados y abusados agresivamente. Es más, podríamos decir que casi nacieron y fueron inventados para la agresión. Pero tal vez nuevos hombres del bosque, invirtiendo su uso, hagan de ellos instrumentos vitales para la ciudad moderna. Recuerdo que hace ya muchos años —en una conferencia que di en el Ateneo— expliqué esto en un ejemplo: el del hombre que tenía un tiesto de margaritas y se empeñó en plantar dentro un pino corpulento porque la sección del tronco era menor que la de la maceta. Cabía, evidentemente; pero ¿era lugar para un pino? ¡Con esta misma fórmula sin sentido se han levantado muchos de esos rascacielos, que, pudiendo ser orgullo de nuestras ciudades, nos parecen ataúdes puesto en pie! En resumen, le digo, una falacia. Buenos ciudadanos harían de ambas soluciones —el rascacielos y la casita— buenas respuestas. Prostituido su uso, es difícil, hasta para los buenos ciudadanos, acertar con la solución. Entre tanto, el que hace de la vida especulación sigue con el hacha agrediendo.

«LOS DEFECTOS DE NUESTRAS CIUDADES SOLO SON EL REFLEJO DE NUESTROS PROPIOS DEFECTOS»

—¿La gran ciudad es algo insuperable, lleno —por definición— de problemas insolubles o puede ser otra cosa?

—La ciudad —grande o pequeña— por principio es habitable. ¡Si está hecha sólo para eso! La ciudad es nuestra respuesta al problema humano y existencial de la «habitación». Si resulta inhabitable, nosotros somos inhabitantes. Si para ser habitable tiene que estar compuesta por habitantes, cada uno de nosotros debemos ser reconocidos como tales, como ciudadanos que participen en la existencia de nuestra ciudad, responsables de ella. ¡Estaría bueno descubrir que son inhabitables nuestras ciudades! Sería como descubrir lo inhumano de nuestro destino. Reconozco que pueden darse, y de hecho se dan, muchos defectos en nuestras ciudades. Pero son reflejo —espejo— de nuestros propios defectos. ¡Animo y a corregirnos, pues! Piense —refiriéndonos al caso particular de Madrid— que circulación y conservación del entorno ambiental son dos hechos polares, capitales, de la ciudad. Piense que son de efectos recíprocos, casi encontrados. Piense que son resueltos —dolorosa, desgraciadamente— de forma parcial por especialistas sin la más mínima visión de conjunto. La ciudad —nuestro Madrid—, así, a golpe de especialista, es como un «puzzle» o un damero maldito... No hablemos, pues, de respetar principios. Habríamos primero de empezar planteándonos la necesidad de los propios principios.

«MADRID ES UNA CIUDAD QUE NO AMA SUS RESTOS»

—Como arquitecto, ¿ve usted solución a Madrid?

—Sí; mientras hay vida hay esperanza. Madrid muestra evidentes señales de vitalidad. Lo que ya no podría asegurar es si la irrigación de vida que la nutre no procede del decaimiento de otros lugares con iguales o mejores posibilidades. Tal vez a usted no le guste, pero yo me pararía un

● ● ● El proyecto de objetos tenderá a suplirse por el diseño de entornos, fomentando una fórmula colectiva de trabajo y anulando, por tal modo, todo énfasis subjetivista. El futuro arquitecto, al enfrentarse con esta nueva categoría del diseño, dejará necesariamente de ser el transmisor oficial de una clientela más o menos halagada, para encarnar la figura de un ambientador físico, a la hora de traducir la veracidad del medio circunstante. ● ● ●

LA
OPINION
DEL
ARQUITECTO
SAENZ DE OIZA

minuto a pensarlo. Lo que sí puedo asegurarle es que si usted busca la solución física, arquitectónica, no debe esperar que se la den otros que no sean los que de verdad estén preocupados por el aspecto, por la forma física, de nuestra ciudad.

—¿Cree que merece el título de «ciudad vertiginosa»?

—Si yo hubiera formado parte del Jurado que le concedió ese título hubiera sido más duro. Merece el de «la ciudad más vertiginosa». ¿Se ha dado cuenta de con qué rapidez se deshace de su pasado? No hay edificio en Madrid que cien años dure, y esto no es de ahora. Es de siempre. Esta ciudad no ama sus restos. ¿Y las tiendas? ¡Cada tres o cuatro años se remozan! Son una buena muestra de la falta de «continuidad» de Madrid.

—Un tema de la calle: ¿Qué le parecen los pasos elevados y subterráneos en el centro de Madrid?

—Cirugía de emergencia a aplicar sobre organismos que han pervertido su natural sentido. La cirugía a veces es una forma necesaria para la vida. Pero yo prefiero medicina más positiva: la de velar por la salud del hombre urbano. No se gasta tanto dinero en botica y, por supuesto, apenas hacen falta intervenciones. Puedo asegurarle que los efectos de estas operaciones afectan a toda la estructura urbana. Y es lógico. Si, por ejemplo, con un paso elevado hacemos más capaz una vía urbana, ¿acaso no congestionamos las de alrededor? Las consecuencias de un paso elevado o subterráneo hay que buscarlas en todo el tejido circulatorio de la ciudad y alcanzan hasta la calle más apartada. Pero, además, estas soluciones no afectan sólo a la circulación: lo grave es que afectan también al «entorno ambiental». ¿Y de qué nos serviría solucionar la circulación de la ciudad si entre tanto la hemos hecho inhabitable? Nada bueno cabe esperar de respuestas parciales de técnicos especialistas. Es un mal de medicina general, un problema complejo.

«LO IMPORTANTE ES "HABITAR", NO "ALOJARSE"»

—Y volviendo a la casa, ¿qué concepto tiene usted de ella?

—El que antes decía. Es el entorno físico de nuestra «habitación». El techo, como control de medio, que hace posible nuestra existencia. Le Corbusier la llamó «máquina de habitar», y yo digo que —instrumento, artefacto o máquina de habitar— este verbo en su total sentido es lo que nos interesa. Como muy bien decía Heidegger, no olvidemos que nuestra crisis existencial de **habitación** es la que provoca el fracaso y la crisis de nuestros alojamientos, porque el habitar no se origina en los alojamientos, sino, al contrario, son los alojamientos los que surgen y se originan en el habitar del hombre. Porque no es lo mismo «habitar» que «alojarse». Lo primero es desarrollar plenamente la existencia; lo segundo, tener un techo. Así que la crisis de alojamientos es siempre reflejo de otra de mayor importancia.

—A la hora de construir una casa, ¿cómo la plantea? ¿Para usted es más importante lo nuevo, lo estético o lo social?

—Todo es importante. Quizá menos precisamente lo nuevo, lo estético o lo social. Lo nuevo porque llama a la «novedoso», lo estético porque hace olvidar su propio fin (decía Ben Shahn: «La estética es el artista como la ornitología a los pájaros. Yo me cuido de los pájaros»). Y lo social, porque muchas veces es una palabra que oculta lo antisocial de tantas proposiciones y respuestas. Cuando se habla de la vivienda social cabría preguntarse, pero ¿es que hay viviendas que no son sociales y al propio tiempo viviendas en todo su profundo significado? A la hora de construirla sólo hay que pensar en el hombre, en cada hombre, en todo hombre. En lo que el hombre tiene de ser personal e individual y en lo que el hombre tiene de ser comunitario, animal de la especie social hombre.

«LA DECORACION ES PARTE DE LA FUNCION DE VIVIR. NO OSTENTACION»

—La decoración ¿hasta qué punto es importante? ¿Y el arte dentro de la casa?

—Para mí, la decoración no es algo aparte. ¿Y la decoración del pájaro? ¿Acaso no le pertenece por naturaleza? Si usted entiende por decoración algo sobrepuesto a la propia función de vivir, mejor es que hablemos del tiempo, estaríamos más de acuerdo. ¿Y el arte dentro de la casa? Esto, por el contrario —que no tiene nada que ver con la decoración y menos aún con los decoradores—, esto es ciertamente muy importante, y es que la casa que el ciudadano compra no es su casa hasta que él hace del simple continente físico el recinto de su propia actividad: entre el objeto físico que el arquitecto debe brindar al ciudadano —el inmueble— y la casa habitada hay muchos esfuerzos, mucho trabajo, mucho valor humano vertido. El arte dentro de la casa es la aportación del «usante», que hace de aquel contenedor físico un hogar, una «habitación». Entre el «inmueble» físico y la **habitación** final hay muchos elementos muebles, muchos artefactos, muchos instrumentos, mucha acción personal que transforma aquel contenedor elemental en **casa, morada, habitación**. La lección de las gentes sencillas y puras a este respecto es memorable. La ostentosa construcción de «decoración» como falseamiento de una inexistente «habitación» tampoco puede ser más elocuente.

—El hombre moderno, a medida que asciende socialmente, se cambia de vivienda. ¿Le parece mejor este sistema que el antiguo de «una casa para toda la vida»?



La casa no es grande, pero, como ven, tiene un gran clima de intimidad...

—El signo de nuestro siglo es la **movilidad**. Creo que esto debe dejar huella, y profunda, en nuestra forma terrenal de «habitación». En el fondo siempre vamos —aunque sea a cuestas— con nuestra casa para toda la vida, vivamos entre cuatro paredes, en «roulotte» o de hotel en hotel. Nuestra casa es el contenedor de nuestro destino.

—¿Cómo ve la vivienda del futuro?

—Radiante. Sólo quiero que el futuro venga pronto. Entonces nos vamos a encontrar en nuestras ciudades que lo que nos sobran son los cementerios. Radiante.

—¿Por qué suelen ser tan feos, tan «provisionales», los nuevos barrios de viviendas económicas?

—Por provisionales. Se puede evitar, pero gran parte de las respuestas está dentro de nosotros mismos. Otra parte está en nuestro deber de **participar** en la construcción física de nuestra ciudad. ¡Participar, hermoso verbo ciudadano! Yo le diría que la plaza de Colón, como la Cibeles, son de nuestra ciudad. Que todos debemos participar —cada uno desde su situación— en darle forma. También hay «decoradores» urbanos, más peligrosos aún que los domiciliarios. En muchas grandes capitales, los ciudadanos conocen las maquetas de un proyecto de antemano, y dan su opinión sobre ellas. De esa forma consideran la ciudad como algo propio.

—Y, finalmente, que recomendaría usted a un hombre para que «disfrute» plenamente de su casa?

—Que disfrute plenamente de la vida.

MARISA PEREZ BODEGAS

